

PINA POLO, F. Marco Tulio Cicerón. Ariel, Barcelona, 2005, 446 pp.

Desde el comienzo de su carrera, las publicaciones del Dr. en Historia y actual catedrático por la Universidad de Zaragoza, Francisco Pina Polo, han estado orientadas principalmente al estudio de la Roma antigua, más precisamente al período denominado *República tardía*, transformando a este en núcleo temático de investigaciones que recorren un amplio arco de problemáticas.

A través de obras como “La crisis de la República (133 – 44 A.C)”, o “*Contra arma verbis*: el orador ante el pueblo en la Roma tardorrepública”, entre otras, se puede observar su solidez metodológica, materializada en una sutileza analítica y una apoyatura tanto documental como bibliográfica notable. Tales características hacen que el lector pueda reconocer en cada uno de sus trabajos, no solo la marca del autor, sino la coherencia que el mismo explicita en el *corpus* compuesto por sus obras. Dichas cualidades, son el motivo por el cual Francisco Pina Polo ha logrado constituirse como uno de los referentes más importantes dentro de la historiografía abocada al estudio de la Roma tardorrepública, condición que se cristaliza en sus numerosas participaciones como profesor invitado a las universidades más prestigiosas del mundo.

La biografía sobre Marco Tulio Cicerón se presenta al lector como una producción que intercala la vida y obra de este personaje en la Roma del siglo I a.C., en el contexto de la construcción de la misma como un imperio de extensiones hasta entonces desconocidas. En este sentido, el libro, si bien gira en torno a Cicerón, escapa visiblemente a la disposición que usualmente presentan las biografías, pues la linealidad de la vida del protagonista se complementa con trazos que revelan la estructura social en la cual vivió. Dicha tarea da luz al lector no solo de la forma que adquirió la política durante el periodo estudiado, sino que lo acerca a cuestiones tales como la religión, la oratoria o la economía. El exhaustivo trabajo de fuentes, imprime al estudio un doble movimiento que articula y contrapone la imagen del personaje tanto en el ámbito privado como en el público. Dicha tarea, muy bien planificada, esboza a lo largo de los diecisiete capítulos que la componen, al personaje interactuando en ambos planos, mostrándonos por un lado la construcción que hizo de sí mismo en el espacio público, lo que le valió la fama como un actor de gran relevancia dentro de la

misma Roma, cuestión esta que él mismo se ocuparía de realzar en sus escritos, sin descuidar por otro lado las cuestiones que lo devuelven a su mundo privado, esto es, al Cicerón hombre, con todas sus dudas, contradicciones, odios y amores. En este sentido el acercamiento llevado a cabo por el autor, excede al personaje político, y nos muestra a un Cicerón que se exhibía puertas adentro como padre y esposo amoroso, amigo fiel y agudo hombre de negocios. A lo largo de la obra, el ingenio de Pina Polo, impide que observemos una faceta aislada de la otra.

El crecimiento y la maduración de Cicerón presentan progresivamente la idea del autor que no duda en definirlo como un “*animal político*”¹, de manera tal que de forma equilibrada y objetiva nos descubre a un Cicerón que supo situarse a sí mismo en la cúspide de la política romana al servicio de aquello que se representaba como su objetivo principal, el bienestar de la República. Esta premisa le otorga al lector un personaje histórico que interpretó a la política como la savia que daba vida a Roma. Por otra parte, siguiendo dicho razonamiento, el autor analiza cómo se articulaban en Cicerón los intereses que él mismo representaba como miembro del sector más encumbrado de la sociedad romana, con las ideas de tinte conservador que exhibió desde el comienzo de su carrera política. En este sentido como bien lo muestra Pina Polo, y ello es lo que hace de este libro algo más que una simple biografía, los cambios que tuvieron lugar en Roma a partir de su expansión en el siglo II a.C, trastocaron las bases sobre las cuales se había asentado su organización política, social y económica, lo que exponía claramente la inadecuación del marco político y su disfuncionalidad institucional, que dio forma a un funcionamiento patológico que conducirían a cambios irreversibles. Ligado a esto último, la vida de Cicerón hubo de moldearse conforme a los acontecimientos y la posición que ocupó aquel en la política, atado indudablemente a sus intereses personales y de clase, dieron lugar, a lo largo de la historia, a numerosas interpretaciones que van desde la admiración al desprecio.

Procedente de un pequeño municipio llamado Arpino, Cicerón (106-43 a.C.), hijo de una familia acomodada cuya riqueza se basaba en la propiedad de la tierra, parece haber recibido una educación adecuada impulsada por su padre. Pina Polo muestra acabadamente como el personaje es un ejemplo claro del *homo novus*, literalmente hombre nuevo, figura social que comenzaba a ganarse un lugar dentro de la sociedad y la política romana y que estaba atada indefectiblemente al expansionismo romano y al proceso de asimilación que la aristocracia tradicional llevaban a cabo con las elites provinciales. En esta línea, su educación será un claro ejemplo de ello, pues tendrá lugar en la propia capital, más específicamente en la casa de uno de los personajes mayor trascendencia política del momento,

¹ Pina Polo, Francisco, *Marco Tulio Cicerón*. Editorial Ariel, S.A, Barcelona, España, 2005, p-11

Lucio Licinio Craso. Posteriormente tomó contacto con Quinto Mucio Escévola, como su discípulo en el estudio del derecho. Fue este quién lo acercó a una de las personas más queridas e influyentes de su vida, su gran amigo Ático, y fue también quién le permitió completar la base de “lo necesario” para que el joven arpinate se introdujese de lleno en el escenario público: Cicerón, ira ganando prestigio en los juicios llevados a cabo en el foro, convirtiéndose raudamente “en celebre abogado y orador”².

Desde su cargo como Cuestor, su ascenso político no se detuvo hasta la consecución del consulado en el año 63 a.C., cargo que le permitió convertirse a él y a su familia en miembros del grupo más exclusivo de la sociedad romana: la *nobilitas*. El ejercicio de tal magistratura constituyó en la vida de Cicerón un punto de inflexión, y sería él mismo el encargado de construir dicho evento como algo crucial para la historia y la política de Roma. Tal interpretación acerca de su propia participación, fue validado en relación con un hecho que el mismo consideró, no sin razón, como vital para la salud de la República: la conjuración de Catilina, episodio ocurrido el año 63 a.C. El complot que tenía como fin la toma del poder por parte de Sergio Catilina, un aristócrata perteneciente a una de las familias más antiguas de Roma, fue el catalizador de la carrera de Cicerón, como también la semilla de sus futuros padecimientos. En efecto, la resolución de la conjura, sellada con la condena a muerte de los catilinaros sin juicio previo, le concedió un primer, pero efímero, momento de gloria. Posteriormente, el mismo episodio le arrebataría el apoyo político de sus aliados y la ulterior condena al exilio. En estas circunstancias pudo comprobar en carne propia que estar alejado del espacio en el que se ejercía el poder, era estar alejado del poder mismo.

El regreso del exilio en el año 57 a.C, respaldado por las principales figuras políticas de Roma, significó sin dudas para Cicerón una oportunidad inmejorable para su rehabilitación política; él mismo se referiría a ella como una verdadera fiesta del pueblo, algo habitual en el arpinate que tendió en todo momento a identificar su propia historia personal con el devenir histórico de Roma. Su retorno, marcado por un claro revanchismo contra la figura de Clodio, quien había impulsado la ley que lo condenó al exilio, se coaligó con un marcado servilismo hacia los triunviros. Ello lo condujo paulatinamente a aceptar ideas con las que se había mostrado reticente tiempo atrás, a la vez que tomó conciencia respecto a que la política estaba escapando por completo al marco de las instituciones. La última etapa de su vida, si bien extremadamente fértil en lo que respecta a su producción como pensador, lo encontró claramente alejado del lugar hegemónico que había imaginado para sí mismo en la escena política, y como bien lo muestra el autor, atrapado en una dependencia unívoca e insalvable con respecto a sus dos principales benefactores políticos: Julio Cesar y

² Ibid.

Pompeyo. Estos, se habían convertido en el poder efectivo de Roma, y de ello fue claramente consciente Cicerón, pues su trato y respaldo implicaba un golpe para la pretendida coherencia ideológica que él mismo había mostrado en lo que respecta a la defensa de la República. Ello se pone de manifiesto de una forma inequívoca durante la guerra civil que enfrentó a los dos generales, pues si bien aún inundado de dudas y de indecisiones inclinó su apoyo por Pompeyo, este no dejó de aparecer ante los ojos de nuestro protagonista como un personaje que aspiraba en última instancia a lo mismo que su rival, porque *“ninguno de los dos tiene como propósito el hacernos felices, ambos quieren reinar”*³.

La posterior victoria de Cesar sería un duro golpe para el arpinate, que se mostrará abatido luego de la imposición de aquel por sobre las tradicionales instituciones republicanas, y si bien Cicerón gozaría de su perdón, lo llevaría a mirar con recelo y resignación los acontecimientos. Con el asesinato de César durante los *idus* de marzo del año 44 a.C, la política le vuelve a abrir los brazos, aunque no sea más que por un breve lapso. En efecto, aquella posición timorata se revertirá para pasar a encabezar la oposición a Marco Antonio, que pretendía presentarse como el heredero de político de Cesar. La conciencia acerca de que la continuidad de tal política era un vector amenazante que representaba la disolución del viejo orden, fue lo que impulsó al arpinate hacia la prédica del peligro que significaba Marco Antonio, para lo cual buscó granjearse la simpatía no sólo de los principales entre las viejas familias senatoriales, sino de quien asomaba tímidamente como un oscuro y ambicioso personaje: Octaviano. Aunque ello parece dar sus frutos en un primer momento, el ulterior acuerdo sellado entre Lepido, Octaviano y Marco Antonio simbolizó la firma de la sentencia de muerte que pronto cayó sobre su cabeza. De la misma manera, siguiendo la lógica que la política imponía, el uso de la violencia se hizo presente una vez más como forma de resolución de los conflictos. La muerte de Cicerón, como bien dice Pina Polo, resultó ser el fin de una forma de hacer política y significó en definitiva, la desaparición de *“el último gran orador republicano”*⁴.

Aunque su asesinato no sea sino un acto de violencia más que respondía a la lógica impuesta por la política de los últimos años de la República, de hecho, puede mostrarse como lo que él mismo había buscado promover para con Marco Antonio, a través de un conjunto de discursos llenos de invectivas conocidos como *“Filípicas”*. La violencia, si bien denigrada como herramienta por el propio Cicerón, fue contradictoriamente abrazada por él mismo como instrumento para la defensa de lo que identificaba como la República. Tal cuestión da idea de que la reflexión acerca de su utilización no se daba respecto a

³ Ibid, p. 308.

⁴ Ibid.

los males que la misma acarreaba, sino en relación de quien y para qué fines se utilizaba. La muerte de Cicerón señala un punto álgido en la disputa por el poder, así como la paulatina imposición de un sistema político por sobre otro.

A modo de conclusión, podemos decir que el trabajo del Profesor Pina Polo es una lectura altamente recomendable, que se transforma en un paso obligado para los interesados en la figura de Cicerón pues el autor devuelve un poco de justicia sobre un personaje histórico que ha sido objeto de infinitas publicaciones, la mayoría de ellas sobrecargadas de juicios de valor, que oscurecieron la interpretación e importancia de su vida. A pesar de que inferimos que la obra está particularmente dirigida a los amantes y estudiosos de la historia, sin embargo no queda vedada para el lector en general, ya que el elocuente estilo narrativo y la exquisita selección e interpretación de las fuentes que realiza el autor, brindan varias aristas por donde penetrar en la vida del protagonista, que suplen de alguna manera la falta de un bagaje histórico más amplio por parte del lector. En resumen, queda hecha la invitación a sumergirse en un libro repleto de sugerencias interpretativas y riqueza informativa sobre un personaje crucial para la tradición histórica y cultural de occidente, que en algún momento de su vida se preguntó “¿Qué dirá la historia de mi dentro de seiscientos años?”; A pesar de que han pasado muchos mas que seiscientos años, Cicerón estaría totalmente satisfecho con la respuesta que le da el Profesor Pina Polo en este libro.

Castagno, Juan Pablo (UNR) - Noe, Juan José (UNR)